

Arquitecto Víctor Pimentel Gurmendi atendiendo el desarrollo de esta entrevista en la sala de su casa. Archivo fotográfico José Hayakawa, 2024



Entrevista

Víctor Pimentel Gurmendi

Arquitecto por la Escuela Nacional de Ingenieros -actual Universidad Nacional de Ingeniería (UNI)-, Especialidad de Arquitectura. Estudios de posgrado en Urbanismo en el Instituto de Urbanismo del Perú y en Restauración de Monumentos Arquitectónicos en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Roma (Università degli Studi di Roma) en Italia. Ha sido Director Nacional de la contraparte peruana del histórico Proyecto PER-39 -fruto del acuerdo entre el Gobierno, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco)-, miembro de la Comisión del Patrimonio Arquitectónico del Colegio de Arquitectos del Perú, director técnico de conservación del patrimonio monumental del Instituto Nacional de Cultura del Perú, director del Museo Nacional de Antropología, Arqueología e Historia del Perú, entre otros cargos. Fue docente en la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes de la UNI en Pregrado y Posgrado, donde también es profesor emérito. Participó en el Segundo Congreso de Arquitectos y Técnicos de monumentos Históricos en Venecia en 1964, en el cual jugó el rol de miembro redactor de la célebre Carta de Venecia y a su retorno al Perú se desempeñó primer Presidente del Comité Peruano de ICOMOS. Cuenta con una extensa y muy variada trayectoria de trabajo asociada a la restauración de monumentos destacando la Casa del Inca Garcilaso de la Vega y el Seminario de San Antonio Abad del Cusco y en el rol de asesor del Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe. Actualmente es miembro del Comité Científico de la revista Devenir de la Universidad Nacional de Ingeniería.

Nombre del entrevistado: Víctor Pimentel

Fecha: 25 de octubre de 2024

Elaborada por el Dr. Arq. José Hayakawa Casas y con el apoyo en la transcripción de la Srta. Anghely Nicole Romero Hualla

JH: Buenas tardes. Hoy viernes 25 de octubre del 2024 estamos en la casa del arquitecto Víctor Pimentel, un patrimonialista de gran trayectoria, quien muy gentilmente ha accedido a atender esta entrevista en el marco de la conmemoración por los 60 años de la Carta de Venecia.

Buenas tardes, arquitecto Pimentel. Una primera pregunta generalmente no atendida: ¿En qué circunstancias usted participa en el congreso donde luego surgiría la Carta de Venecia?

VP: Bien. Yo recibí de la Cancillería peruana una Resolución Suprema, por la cual me designaban delegado del Perú ante el Segundo Congreso Mundial de Arquitectos y Técnicos en Monumentos que se iba a realizar en la ciudad de Venecia, en Italia. Esto me parecía un poco triste, porque el Perú con un patrimonio tan rico debió estar representado por cinco o seis delegados. Luego de recibir esta designación, que fue sumamente importante y muy grata para mí —y pienso que incluso alguno de mis maestros en Roma influyeron en alguna comunicación—, las autoridades académicas de la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI) tales como el Arq. Luis Miró Quesada Garland de la Facultad de Arquitectura y el rector el Arq. Santiago Agurto Calvo; lograron —sobre todo el rector— obtener dos pasajes tanto para mi esposa —quien era italiana— como para mí y así pude asistir a este congreso veneciano. ¿Bien?

Usted referenciaba a sus maestros que probablemente habían intercedido en esta invitación.

Al parecer —no puedo confirmarlo— fue uno de mis maestros, Guglielmo De Angelis d'Ossat, quien influyó seguramente en mi designación, través de la Embajada de Italia, en comunicaciones diplomáticas a las autoridades peruanas. Porque en nuestro medio no existía la disciplina de la restauración. Entonces, en mi participación pude aportar lo que había aprendido en la Universidad de La Sapienza de Roma durante casi cinco años, y de regreso al Perú pude divulgar esta disciplina.

Recuerdo una conversación donde usted me comentó que en su estancia en Italia, en la década del 50, no había muchos estudiantes extranjeros y menos en temas de patrimonio...

Bueno, cuando estaba en la Facultad de Arquitectura de La Sapienza de Roma me enteré por un periódico mural de los alumnos del último año que había un curso que se llamaba Restauo dei Monumenti. Y no sabía yo. No tenía noción de esta disciplina, porque cuando gané la beca yo dije voy a estudiar arquitectura y urbanismo también —cosa que hice—. Bueno, urbanismo con los mejores profesores, y también hasta en tecnología de la construcción con Pier Luigi Nervi. Con esta nota del curso Restauo dei Monumenti, y vi una fotografía de una iglesia de planta circular. Mis colegas del quinto año de estudios en la facultad me referenciaron con el profesor Carlo Ceschi. "Su oficina es acá en la misma facultad, anda y pídele una cita". Bueno, yo fui de inmediato porque no me esperaba; tenía ansias de saber qué cosa era eso. Y bueno. Toqué la puerta, me recibe el profesor Ceschi, le digo, "profesor, yo soy un arquitecto peruano". "Uuuyyy", me dijo. Casi parecía que estaba viendo a un marciano. Él dijo: "¡Peruviano, tu país tiene una cultura milenaria!". Me dio una lección de nuestro patrimonio. Fue insólito. Porque yo era el único extranjero en ese momento en la facultad, aunque después creo que ha ido incrementándose a dos, tres, pero no más. Ahora, a partir de ese momento, mi vida, yo diría que cambió porque el profesor Ceschi era superintendente a los monumentos del Lazio, que es la región central de Italia, y Roma, su capital. Bueno. Él fue el que me introdujo a los maestros o arquitectos, ingenieros, en fin, quienes trabajaban en patrimonio y así pude —incluso parecerá una exageración— permitirme trabajar como recogebolas, como asistente en la restauración del Coliseo Romano. Y luego también, casi en paralelo, ser ayudante de una joven arqueóloga italiana que estaba estudiando la época de la República, lo que está debajo del Imperio. Bueno, además, pude visitar otros sitios de la Re-

pública, de interés artístico, histórico. Así puede obtener un enriquecimiento práctico, teórico, institucional, en fin, en cómo aplicar esta disciplina.

Sí. Justamente, ya cuando usted arriba a Venecia, para este Congreso, ¿cuáles eran, digamos, las características del ambiente? ¿En qué condiciones se lleva?

Bueno, primero debo señalar que creo que este Congreso de Venecia, de 1964, ha sido el de mayor cantidad de participantes. Parecía la tribuna de un estadio gigantesco. No recuerdo, eran más de 600 y tanto, creo, porque había países que tenían 30 delegados; otros, cinco; el Perú, uno; México, también uno. Bueno, los latinoamericanos estábamos en minoría, pero eso no significó nada porque nuestra participación fue positiva. Ahora, ¿cómo se inició el Congreso? Bueno, en la fecha prevista, en el Palacio Ducal, que estaba lleno de participantes, de países de todo el mundo, prácticamente. Y se instala la mesa de honor del Congreso. La preside el profesor Piero Gazzola y la integran precisamente nuestro querido colega mexicano Carlos Flores Marini —que en paz descance, e invitamos al Perú cuando se cumplieron los 50 años— y el profesor Raymond Lemaire de Bélgica. Entonces, ¿qué resulta? Comienza la sesión inaugural con el presidente Piero Gazzola dándole la bienvenida a todos los participantes, a los delegados de todos los países y designando a las autoridades del Congreso. ¿A quién designa como presidente del Congreso? Al profesor Guglielmo De Angelis d'Ossat, quien había sido uno de mis maestros ¿por qué? Lo dice Piero Gazzola: porque fue él quien presidió la delegación italiana en el Primer Congreso Mundial de Arquitectos y Técnicos de Monumentos realizado en París en 1957. Bien. Ese presidente, luego, designa a vicepresidentes generales —cuatro o cinco—. Yo fui designado vicepresidente general. Qué orgullo para un país que tenía solo un delegado en comparación a los demás. Para mí fue una cosa increíble y tal vez influyeron algunos de mis maestros que estaban en la sala. Nuestra actividad como vicepresidente general fue reunirnos al día siguiente pasando el Gran Canal en la isla San Giorgio, donde había salas para reuniones y discusión sobre diferentes aspectos previstos en el congreso. Se designó a estos vicepresidentes generales para que previa discusión elaboren la Carta Internacional de la Restauración de Monumentos. Luego, también para la creación del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (Icomos). También para que participen en las conclusiones del congreso. Me tocó participar mucho, sin horario, en todos estos grupos de trabajo. Voy a citar una pequeña anécdota: en la redacción de la Carta de Venecia se dice que consideran monumentos a las obras maestras que con el tiempo han adquirido un significado cultural. Bien Y yo dije: “Un momentito, señores. No deben ser reconocidas solamente las obras maestras, sino también deben considerarse las obras modestas, ¿cierto?, que con el tiempo han adquirido un significado cultural”. Y di un ejemplo: cuando culmina la Batalla de Ayacucho en mi país el virrey La Serna firma la capitulación de las fuerzas españolas que habían dominado el Perú. Entonces, ¿dónde se firma esta resolución por un virrey español? En un recinto muy humilde, muy modesto, casi una pequeña cabaña el cual adquiere un significado cultural inmenso por el hecho de la capitulación de una batalla y el inicio de la liberación en el Perú de la conquista hispana. Ese aporte se aprobó por unanimidad y así está en la carta. Bien, como colaborador en la redacción de las conclusiones del congreso aproveché para solicitar que al menos en ellas figure nuestro idioma español, el cual no estaba previsto en las otras reuniones. Fue aceptado sin ninguna discusión y esos son aspectos aparentemente pequeños pero que deben primar siempre en el sentido de una defensa de nuestra heredad, de nuestra propia lengua. Luego vino el anuncio del presidente Piero Gazzola, del arquitecto Roberto Pane, un distinguido arquitecto napolitano, quien iba a dar lectura a la ponencia de Italia sobre la disciplina de la restauración y conservación del patrimonio cultural edificado y se dirigió a toda la concurrencia ¿Puedo avanzar?

Sí. Por favor, continúe

Ya. El profesor Pane lee la ponencia, y desde luego sabemos todos que los italianos han luchado mucho y han creado toda una metodología que se ha hecho universal inclusive. Sin embargo, tres delegados —no voy a decir los países por ética— como si fueran unas barras bravas, se opusieron a dicha ponencia. Entonces, pese a que se había anunciado que al día siguiente se designaría a los representantes que iban a discutir los criterios de las labores del Congreso, al

costado en la isla de San Giorgio, con un grupo limitado de concurrentes, estos delegados insistieron en participar en los términos referidos. Bueno, en esa ocasión me tocó levantar la mano y al instante una señorita con micrófono inalámbrico me dijo: “¿qué pasa?”. Pedí permiso a la mesa para opinar contra lo que había escuchado yo, porque fue indigno. Y lo dije con tal calor y en italiano, lógicamente, que recibió unos aplausos increíbles. Y a partir de ahí ya la cosa se enderezó un poco, porque se estaba haciendo caótica la intervención de estos señores. Después ya uno de ellos, y voy a señalar solamente uno de ellos por dignidad, se me acercó y me dijo con un gran respeto —porque era un intelectual, parece, muy notable—: “Señor Pimentel, nosotros tenemos una cultura religiosa sintoísta y cada cierto tiempo, 30 años, destruimos, quemamos ese templo, ese santuario, y volvemos a edificar otro, y seguimos adorando al mismo Dios”. Yo comprendí eso. Le dije: “Me alegro que así sea”. Porque ya él comprendió lo que era la restauración, porque los que protestaron habían hecho reconstrucciones en sus países y no aceptaban los criterios de la restauración. Ya ahora el panorama es diferente, lógicamente, pero la lucha no ha sido fácil, ¿no?

Arquitecto, pero sobre la participación de Roberto Pane ¿cuáles eran los argumentos que cuestionaban? ¿Qué es lo que se cuestionaba?

Que no comprendían bien la diferencia entre lo que era restauración y reconstrucción. Roberto Pane, lógicamente, difundió claramente los criterios de restauración y no aceptando la reconstrucción estilística, o historicista, que era lo que en parte habían hecho los representantes de esos tres países. Pero que, sin embargo, como repito, ya durante las nueve conversaciones en la isla de San Giorgio tuvieron la generosidad, diría yo, de conversar, dialogar y aceptar, en definitiva, ¿no? Yo creo que ese fue el mayor logro del congreso, que quienes aprobaban la ponencia italiana, yo diría, pues, el 95 %, y quienes discrepaban, el 5 %, pero que después, en las reuniones en la isla de San Giorgio, fueron cediendo y aceptando los criterios de la ponencia italiana. Eso fue positivo en esta reunión.

Y, bueno, ya luego usted retorna al Perú, digamos. ¿Cómo ocurrió ese aterrizaje en el medio peruano y latinoamericano? Porque me imagino que la implementación no debe haber sido sencilla, ¿no?

No, para nada. Yo regreso al Perú y yo había sido ya designado el primer director técnico del Consejo Nacional de Monumentos, cuyo presidente era el jesuita Rubén Vargas Ugarte, y ya había intervenido en la ciudad de Arequipa, porque el presidente Fernando Belaunde pidió al padre Vargas Ugarte que me aceptara como funcionario de la institución. Y así fue. Pero no tenía recursos, dibujantes, secretaria ni nada. Y en la década del 60, el padre Vargas Ugarte, y apenas recién nombrado, me dice: “Arquitecto, tiene usted que viajar a Arequipa porque acaba de producirse un sismo. Y vaya usted y diga las pautas técnicas aptas a la correcta restauración de los monumentos dañados. Sea de arquitectura religiosa, civil, militar, lo que fuere”. Y así sucedió. Viajé a Arequipa y solo, sobre todo, me interesó mucho lo que podía haber sucedido en este monasterio tan famoso que hay en Arequipa.

¿En Santa Catalina?

Exactamente. Es una joya de la arquitectura y del arte en general. Y luego pude, a propósito de ello, frenar la prolongación de una calle que pasaba delante de la iglesia de San Francisco y que iba a destruir parte de este monasterio de Santa Catalina. Cosas que no se podía permitir. O sea, la visita a Arequipa con motivo del sismo me permitió, gracias a Dios, salvar esto oportunamente. Y otros aspectos. Y también dar las pautas a todas las autoridades civiles, militares, religiosas, en fin, de Arequipa, con la autoridad que yo disponía para que se cumplieran las intervenciones de carácter de restauración y no demoler algo porque estaba deteriorado para hacerlo de nuevo. De tal forma que, al retornar al Perú en 1964, convoqué a reunión al director de la Casa de la Cultura, que era Fernando Silva Santisteban, al presidente del Consejo de Monumentos, Arq. Alfonso Estremadoyro, a todos los arquitectos y a las autoridades vinculadas al quehacer de la cultura. Me tocó exponer los alcances de la Carta de Venecia y crear el Comité peruano del Consejo Nacional de Monumentos y Sitios (Icomos), el cual creo que fue de los primeros comités nacionales del mundo.

Además, en el ámbito latinoamericano también pudo incidir...

Tuvimos la posibilidad de interactuar en varias tareas internacionales, ¿no? Mira tú. Yo observé una delegación en el Congreso de Venecia que me parecía, y casi estoy seguro, que eran funcionarios de la Unesco, ¿no? Entonces, yo, estando en Perú, recibo una invitación de la oficina de Unesco y me piden ser un consultor. Me parecía que el cargo me quedaba grande. Sin embargo, acepté con todo respeto. Y así pude hacer propuestas concretas, dar conferencias y clases. Por ejemplo, en Salvador Bahía, dicté seis cursos en ocasiones diferentes. Luego, desarrollé misiones en Argentina. Dicté el curso de restauración en una universidad argentina, cuya decana era la arquitecta Marina Waisman, una mujer excepcional. Bueno, y en Puerto Rico también existía un experto excepcional, Arq. Ricardo Alegría, quien restauró las fortificaciones de San Juan. Y me las enseñó con una paciencia de santo. Yo fui invitado en dos ocasiones a Puerto Rico. Después he tenido misiones en varios países, en general de América Latina. Recuerdo una ocasión cuando una arquitecta mexicana —no recuerdo el año exactamente—, me invitó la Unesco a dictar unas conferencias en un instituto que estaba en Churubusco. (México) y tenía la denominación de Paul Coremans. ¿No? Ahí, yo había dictado unas conferencias y no lo recordaba. Hace pocos años, yo le digo a esta arquitecta mexicana: "Oye, chaparrita —una bajita pero muy amorosa— ¿De dónde te conozco?". "¿Cómo?", me dice "Vittorio, tú has sido nuestro profesor en el instituto Paul Coremans. El año tal y más aún. Muchos de los que han sido tus alumnos -yo no lo he podido hacer porque me casé y tuve un hijo- ahora tienen a su cargo la dirección del patrimonio en diversas partes de México". Es un privilegio sembrar en otro país. Bueno, yo me siento con un orgulloso sincero y franco. Ahora, incluso de Bahía recibí hace unos años una llamada telefónica; no sé si el hijo o el nieto del arquitecto Roberto Pane me hizo unas preguntas. En fin. Siento mucha pena no poder divulgar más, no solamente en mi país sino en América Latina, esta disciplina que es fundamental para la conservación de nuestro patrimonio.

Finalmente, usted ha tenido protagonismo en el medio académico peruano y latinoamericano no solo con los cursos fundacionales de la UNI sobre la restauración de monumentos sino también con los cursos de Cuzco y Brasil. ¿Puede detallar esta experiencia?

Tanto la experiencia del Cuzco como la de Brasil —Salvador, Bahía— fueron excepcionales. Voy a hacer una mención muy breve a los cursos de Brasil. Ahí hay una facultad de arquitectura que tiene un salón enorme, donde yo dictaba los cursos, luego había un pequeño corredor y uno entraba a una oficina pequeña. En esa oficina, al hacer las críticas de los proyectos que cada uno presentaba, era una maravilla ver la atención con que escuchaban las críticas que yo hacía. Y luego salían y en la siguiente crítica se hacían las correcciones impecables, con el criterio correcto y con la presentación adecuada. Esos seis cursos fueron los mejores que he dictado en mi vida. La Unesco era la que financiaba. Pero en los cursos intensos de formación y de crítica, de ayuda profesional, había ingenieros, arquitectos, arqueólogos. Una cosa excepcional que hay en Brasil. No solamente es un país grande en tamaño sino en su cultura y en el interés que tiene en restaurar su patrimonio, ya no solamente arquitectónico, urbanístico y arqueológico, sino también en la música, por citar un aspecto. Al igual que el Perú, que a nosotros nos da esa sensación de orgullo auténtico, ¿verdad?

Le solicitaría un breve mensaje para las nuevas generaciones de patrimonialistas peruanos y latinoamericanos que tienen el mismo ímpetu, la misma pasión con la que usted trabaja.

Bueno, yo diría que uno de los aspectos fundamentales es la modestia, en el buen sentido de la palabra. Y luego procurar tener una formación sólida en los aspectos técnicos que esta disciplina exige, porque de otra manera la improvisación no va a ayudar mayormente si no se puede prostituir al patrimonio. De tal forma que la seriedad profesional es fundamental y la pasión también, ¿verdad? Ser apasionados en la aplicación de esta disciplina, que es fundamental para la preservación de esta imagen que se tiene en el caso del Perú, que no se deteriore por intervenciones indebidas. Tener mucho cuidado en este aspecto es fundamental. Y yo creo que las universidades y las facultades de arquitectura en particular tienen esa misión, y ojalá así sea.

Claro que sí, estimado arquitecto. Con esto concluimos la entrevista. Le agradezco por vuestra generosidad y tiempo en compartir sus testimonios y sus opiniones. Saludos.